

## EL LIDER FASCISTA EN LA NOVELA INGLESA DE NUESTRO TIEMPO

Siendo fenómeno muy de nuestros días el auge de la novela política y politizada, convendrá otear sus orígenes mediante el estudio de dos importantes libros ingleses de ese género, sin duda dispares en valor inventivo, argumental y expositivo, pero merecedores de comentario común, por lo que contienen de afinidad. *Canguro*, de Lawrence, y *Contrapunto*, de Huxley, coinciden en darnos las imágenes de jefes fascistas aspirantes a la dictadura—uno en Australia, otro en Inglaterra—que no llegan a realizar sus sueños por morir los dos violentamente. Las dos novelas son casi estrictamente contemporáneas, la primera datando de 1923 y la segunda de 1928, por lo que las preocupaciones más o menos proféticas de sus autores responderán a algún estímulo a la vez único y doble. También, de parecido estado de ánimo—no igual—ante los hechos. Si Huxley rechazaba a su imaginado líder, Lawrence duda largamente entre ello y la aceptación. Lo importante es la paridad de tema en momentos en que no existía en el mundo otro régimen característicamente fascista que el italiano, cuando ni siquiera era previsible la toma del poder por el oscurísimo Hitler.

Los dos ilustres novelistas citados mantenían buena relación, y consta que Lawrence aparece en la novela de Huxley más o menos disfrazado. Con toda seguridad, mantendrían cambios de impresiones acerca del tema caro a ambos, y no es menos probable que la crítica inglesa haya tocado, y hasta apurado, la cuestión, desmenuzando las coincidencias y discrepancias de las dos ilustres novelas. No trataré de documentarme sobre ello, puesto que sólo me importa estudiar la cuestión desde un punto de vista español y propio.



Los más de los ingleses debieron creerse insultados por Huxley y por todo aquel que sugiriera la posibilidad de que su país pudiera ser incubadora primero, solio y campo triunfal después, de un régimen totalitario de extrema derecha, lo que, para hablar claro, suele ser llamado fascismo. Pero la sugerencia, a la que tan bien sirve el ágil talento del gran novelista, está lejos de ser absurda, porque, en punto a nacionalismo exacerbado, pocos pueblos pueden ser cotejados con el británico. Ayudan a ese sentimiento causas geográficas tan irreversibles y contundentes—las de su aislamiento insular—cual otras de orden his-

tórico no menores en peso y subsidiarias de las anteriores, como la expansión naval, la vieja rapacidad colonial, el desprecio por las razas sometidas en todo el planeta, y el orgullo de primerísima potencia a que estos y otros desmanes condujeron. Asimismo, el papel de gendarme internacional que la Gran Bretaña se adjudicó por cuenta propia, prohibiendo a otras tierras lo que entendía ser beneficioso para su consumo interno. Los ingleses podían cortar la cabeza a Carlos I, porque para eso eran ingleses; pero los franceses—que no eran otra cosa que franceses—no debían hacer otro tanto con Luis XVI sin incurrir en las iras del gendarme. La represión antivaticana de Enrique VIII fue de inaudita violencia, pero si algún otro país trataba de imitar modestamente estos ademanes era prontamente anatematizado y motejado de salvaje por el gendarme. Tales ejemplos, a los que pudieran seguir otros muchísimos, no tienen más explicación que la unilateral, la de *quia nominor leo*.

El mantenimiento de una monarquía acatada hasta en sus convenciones más arcaicas por todos los credos y clases; el casi sagrado fervor para con toda especie de tradición, con tal de que sea inglesa; el sorprendente comportamiento de los partidos políticos, con la peregrina consecuencia de que—al menos en lo referible a asuntos exteriores—los laboristas resulten ser más conservadores que los *torys*; la perseverancia arqueológica de pesos y medidas diversos de los del resto del mundo para afianzar hasta en las cuestiones menos capitales los obligados aislamientos y diferenciaciones; todas estas y mil más certezas establecen la cimentación de un agudo sentir nacionalista, al que tan sólo faltó el campo abonado de la desesperación alemana para proceder en sentido violento, el de la sustitución del nacionalismo pacífico y tradicional por el armado y acogotador. Es verdad que Hitler y Mussolini hacían de la petición de colonias uno de los razonamientos más firmes de su aventura, y ése faltaba a Inglaterra, sobrante de imperio colonial. En cuanto al azar de haber perdido o ganado la guerra, no importaba demasiado después de 1918. El primer estado fascista fue Italia, que, al menos en teoría, la había ganado.

No cabe apretar aquí, en lo que tan sólo es un inciso a propósito de un par de novelas inglesas novecentistas, la suma de propensiones o repugnancias respecto al fascismo hallables en Inglaterra. Para concluir el inciso cuanto antes mejor, sólo hace falta recordar aquel triste día—30 de septiembre de 1938—en que Neville Chamberlain, viniendo de Munich de ponerse a las órdenes del Führer, fue aclamado en el aeropuerto de Heston por muchedumbres frenéticas de alegría, que aseguraban a gritos ser el indigno viejo *a jolly good fellow*. Pero esto

no lo había podido prever Huxley en 1928. Le sobraba con conocer la existencia de Oswald Mosley.



Las posibilidades de fascismo australiano, con ser más vagas, no es dudoso que contuvieran raíces tan firmes como las advertidas en Inglaterra. Es fama que los países que han pasado por el estado previo de colonia y que han logrado su personalidad autónoma o independiente mediante la acción de un criollismo descendiente del colonizador se caracterizan por mayusculizar vicios y virtudes—pero, sobre todo, vicios—de los fundadores. Y en aquella Australia que Lawrence nos pinta con muy relativa simpatía, la existencia de grupos supernacionalistas parece incontestable. Los australianos habían regresado de una guerra ganada. Querían continuar gananciosos, selectos, como únicos protegidos y protectores de su vasta tierra.



Por razones cronológicas es obligado comenzar con Lawrence y con su relativo héroe, Canguro. Hablemos de uno y de otro.

Más de un ilustre inglés conocedor de sus clásicos y contemporáneos me ha sorprendido al dictaminar la total preferencia de David Herbert Lawrence sobre Aldous Huxley, y cada vez que he escuchado esta opinión he procurado releer al que para mí no es sino muy segundo. Y no he modificadó la escala jerárquica. Lawrence me queda lejano, esquivo, frío. Más de una vez, hasta desagradable, lo que no obsta para reconocer sus dotes de escritor y de narrador. No comprendo cómo se puede recomendar seriamente para el conocimiento de Méjico *La serpiente emplumada*, que ni siquiera es acreedora al elogio acabado de pronunciar. Me parece lamentablemente fácil y despiadado el planteamiento de *El amante de Lady Chatterly*, porque para la gran juerga obscena de la Lady y el guarda no se hacía imprescindible que el marido de aquélla estuviera paralítico. Otras novelas del autor me parecen bastante menos defendibles y ninguna de ellas magistral, al menos, en la medida en que creo lo son las de Huxley. Pero a la que importa llegar es a *Canguro*.

Es novela de pobre argumento, casi desprovista de trama. No tienen categoría de tal las descripciones del país, las relaciones del autonarrador y de su esposa con los vecinos, ni los recuerdos poco gratos de la vida anterior en Inglaterra. Cuando Somers—Lawrence—hace memoria de determinadas vejaciones de que fue objeto durante

la guerra de 1914-1918, la llevada a cabo por su país contra el Kaiser, no deja de molestar su acritud contra Lloyd George, que tenía que hacer una guerra y ganarla, con más verdad, menos aspavientos y muchísimo menos teatro que Winston Churchill un cuarto de siglo más tarde. Pero la guerra era contra el Kaiser, y Lawrence no se manifiesta contra Guillermo, sino que se limita a citarlo como al hombre «a quien el hado destruye», lo que no deja de ser sospechoso. En todo caso, fácil de atar con su lucha de simpatías ascendentes y descendentes para con Canguro, el fascista australiano.

Aparece éste al final del primer tercio de la novela, dejando ver cómo todo lo anterior sólo ha sido preparación para el encuentro, que, de este modo, gana en solemnidad. El líder fascista australiano es un abogado de pingües ingresos, buenas mesa y bodega, vivir señorial. Se llama Benjamín Cooley y ha aceptado gustosamente el apodo de Canguro en homenaje al ejemplar más típico de la fauna de su país. Lo curioso es que el autor visitante, inclinado a sugestionarse por la personalidad del jefe, remacha: «era, ciertamente, un canguro». Y lo describe a continuación: «Tenía una cara larga, pendular y delgada, con los ojos engastados uno junto al otro detrás de los lentes. Su cuerpo era firme y robusto. Era un hombre como de cuarenta años, atezado, pelo negro cortado arrente y una cabeza pequeña, un tanto inclinada hacia adelante, en lo alto de su corpachón, casi tímido y sensitivo. Al andar se inclinaba hacia adelante, y daba la impresión de que sus manos no le pertenecían realmente. Pero chocaba la mano con gran firmeza. Era alto de cuerpo; pero su modo de bajar la cabeza y sus hombros caídos restaban empaque a su talla». Prosiguiendo la descripción, el visitante —Somers-Lawrence— descubre en Canguro, con toda seguridad, sangre judía, «lo mejor que hay en la sangre judía».

Con ella o sin ella, Canguro no parece poseer el tipo apasionante, decidido, altanero y triunfador del verdadero líder fascista. Pocas páginas más nos bastarán para entender que el señor Cooley «era francamente feo; su pendulante rostro judío, su espalda arqueada, su vientre esférico en un chaleco costoso y sus gruesas pantorrillas en un pantalón de rayas color gris oscuro». Es durante esta observación cuando Somers-Lawrence, luego de pensar en lo grotesco, asevera que Canguro era «hermoso, hermoso como una flor semitropical combada en un árbol».

Entonces y después, asistimos a las declaraciones políticas de Canguro, las que por gran desgracia no son ni originales ni profundas. Casi parecen más cuantiosas las de uno de sus lugartenientes, el que ha llevado al novelista a ver al líder. Seguirá un largo balance de